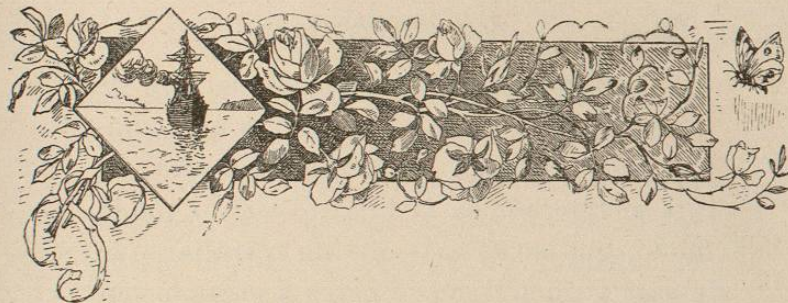


dose pálida y seca, como una tibia muy grande:

— Te juro que arderá este palacio por las cuatro esquinas, en cuanto tú me traigas á él una cuñada de esa traza.

Por lo cual había renunciado Manrique Vélez á casarse con Nieves Bermúdez.



V

MAR AFUERA

LE digo á usted ¡carape! que este es un problema que marea. Vengan aquí todos los sabijondos de la tierra, y pruébenme que cabe dentro del sentido común el que un hombre con barbas se pase media noche en claro, por el disgusto de no haber subido á Pelechés en cuarenta y ocho horas. ¡Qué han de probar? Y mucho menos si yo les

digo: «reparen ustedes que el hombre de mi ejemplo no tiene obligaciones que cumplir allí, ni debe una peseta al padre, ni está enamorado de la hija, ni Cristo que lo fundó; que no es más que un tertuliano de la casa y un amigo que pasea á menudo con los señores de ella, no desde el principio de los tiempos, sino de dos meses acá; que si no ha concurrido á las dos últimas tertulias del anochecer, es porque á esas mismas horas ha tenido ocupaciones de importancia en la botica de su padre, que le da el pan de cada día; que ese hombre jamás ha conocido el mal humor, ni tomado en serio cosa alguna de tejas abajo y de puertas afuera; que rebosa de vida y de salud, y que nada teme, ni nada debe, ni nada envidia... Por último, ese hombre existe en carne y hueso; y soy yo, Leto Pérez, el hijo del boticario de Villavieja, y boticario también». Y entonces los sabios me contestarían, por poco sabios que fueran: «pues Leto Pérez, el hijo del boticario de Villavieja, no tiene sentido común». Y no le tengo, ¡carape! no le tengo, y á eso iba; pues si le tuviera, no me sucedería lo que

me sucede; porque á un hombre de sentido común no puede sucederle eso más que en un caso, y yo niego ese caso; y no solamente le niego, sino que la suposición de él me parece el más enorme de los absurdos, y además una irreverencia... ¡qué digo irreverencia? un sacrilegio. De donde se deduce claramente que me quedé corto cuando, escribiendo al inglés, le dije que entre ser lo que ahora soy y volverme á lo que fuí, vacilaría... ¡Vacilar, carape! A ciegas me agarro á lo de ayer. Ayer era yo el hombre más descuidado y venturoso de la tierra; y hoy me carga á lo mejor cada murria que me parte. ¡Qué más? ¡Hasta el mismo oficio de que vivo empieza á caérseme de las manos! Es una mala vergüenza confesarlo; pero es la pura verdad. Nada, ¡carape! que, según van poniéndose las cosas, como si yo hubiera nacido hace dos meses. De esa fecha para atrás, el limbo... Con decir que hasta el yacht me impone condiciones para hacerse querer de mí... ¿Se ha visto otra? Pues así es. Ó con *ella* á bordo, ó que nones. Y en estos remilgos, seis días de holgueta, el muy tunante... Pero por esto no paso,

porque sería ya de lo inaudito... Hoy se me han hinchado las narices, y te voy á dar tres tazas por lo mismo que no quieres caldo...»

Por este arte despotricaba en sus adentros Leto Pérez bajando una mañana hacia el muelle, sin corbata ni chaleco, con una ancha boina en la cabeza y, por todo ropaje exterior, una americanilla y unos pantalones de lienzo. Como arreglaba la marcha al compás de los pensamientos, andaba con relativa lentitud, algo cabizbajo y con las manos en los bolsillos.

Cornias aparejaba el yacht, atracado á la escalerilla.

— ¡Aviva! — le dijo en cuanto pisó el primer peldaño, — para ver si podemos *desabocar* con la vaciante y el terralillo que nos quedan.

En seguida bajó y se puso á ayudar á Cornias para acabar primero. Terminada la faena, le previno:

— A desatracar para franquearnos.

Cornias, con la agilidad y presteza de un mono, empezó á cumplir la orden desanudando la estacha de proa para largarla.

— ¡Espera! — le dijo de pronto Leto, con una inflexión de voz que revelaba algo de extraño para Cornias.

Suspendió éste la tarea y miró á Leto, que estaba á popa y sobre las puntas de los pies, como fascinado, con los ojos fijos en la blanca silueta de Nieves que acababa de aparecer en lo alto del Miradorio.

— ¡Ay, carape! — se dijo: — con esto no contaba yo ahora. ¿Habrá visto el yacht aparejado desde allá arriba? ¿Vendrá acá?... Por las trazas, sí... ¡Pues buenas están las mías para recibirla, carape!... Pero, bien mirado, no estoy sucio ni roto... ¿Y si no nos ha visto, ni viene á lo que yo presumo? ¿Espero?... ¿Me largo?... ¡Largarme! ¡Tendría que ver! ¿Podría, aunque quisiera? ¡Pues no están vibrándome las fibras todas como si de pronto me hubiera henchido de la salud que me faltaba?... ¡Carape, carape, hombre, qué cosas estas tan extrañas!... Ya no la veo... ¿Por qué no serán transparentes los breñales que me la tapan ahora? ¿Por dónde echará? ¿Por dónde, por dónde! ¿Tienes más que ir á verlo, simplón, cuanto más que estás deseándolo?... Eso sí; pero

¿cómo lo tomará? ¿A bien? ¿A mal? ¡Ay, qué arrastradas desconfianzas estas mías, que no acaban de curárseme! A la una... á



las dos... ¡Cornias! — dijo en voz alta, — atraca otra vez... y aguárdate así, que vuelvo en seguida.

Saltó á la escalera, la subió en dos zancadas, atravesó el muelle y el andén en muy pocas más, tomó el camino del Miradorio; y al dominar el primer recuesto se halló cara á cara con Nieves que venía por el entrellano á todo andar también, algo sofocadita y un poco anhelante; pero muy mona, ¡muy mona!

La pobrecilla temía llegar tarde: había visto desde allá arriba el grimpolón azul, y por él había presumido que estaba el *Flash* atracado al muelle; y estando atracado al muelle, sería para salir á navegar por alguna parte... «Pues buena ocasión», se había dicho entonces. «Puede que Leto quiera llevarme»; y hala, hala, hala... ¡qué ira le daba aquel pedazo de camino tan escondido del muelle, donde era inútil hacer una seña ó dar una voz! ¡Y si entre tanto se largaba el yacht? ¡Y ella que tenía tantas ganas de darse otro paseo en él! Desde el último, once días lo menos... y dos sin subir Leto á Peleches, ni dejarse ver por ninguna parte. ¿Había estado enfermo? ¿estaba enfadado, resentido de alguna cosa? ¡Qué injusto sería en ello! En Peleches

todos, todos le estimaban mucho y le estaban muy agradecidos.

Bien poco le quedaba que hacer á Leto en aquella escena que tanto le imponía desde lejos. Todo se lo daba hecho Nieves; todos los caminos le abría ella; y ¡con qué dulzura de mirar, con qué timbre de voz tan melodioso, con qué volubilidad tan espontánea y hechicera! Había que ser un leño para no atreverse, con aquel estímulo que le parecía sobrehumano, á ser un poco sincero y expresivo también; y se atrevió á serlo. Dijo el por qué de no haber subido á Pelechés en dos días. ¡El enfadado, él ofendido! ¡Eso sí que era no conocerle!... ¡cuando precisamente las horas de esos días se le habían hecho siglos! Para entretener el tiempo mejor hasta la noche, en que pensaba volver á la tertulia de Pelechés, había resuelto pasar la mañana en la mar; y estando ya desatracando el yacht para franquearse, la había visto á ella bajar por el Miradorio, y había salido á su encuentro para ponerse á sus órdenes, por si no había visto el balandro aparejado, ó no venía con ánimos de embarcarse en él. ¡Carape, si

recalcó lo de las horas largas, y estuvo valeroso y ocurrente en otras finezas semejantes el hijo del boticario! Y Nieves, tan ufana con ellas y tan agradecida. ¡Que le preguntaran entonces si la cruz de su nueva vida le pesaba, y si, para descargarse de ella, quería volver al limbo por que suspiraba antes!

Pero ¿por qué andaba Nieves por allí á aquellas horas? También se atrevió Leto á preguntárselo, caminando ya los dos hacia el muelle; y resultó que Nieves y su padre, después de dar un largo paseo en dirección á la mina, se habían sentado á leer en la Glorieta: don Alejandro un periódico y ella aquel libro que traía debajo del brazo; don Alejandro se cansó muy pronto de leer, y se volvió á casa con propósito de destinar toda la mañana á despachar su correspondencia atrasada; ella se quedó leyendo, y advirtió á su padre que pensaba darse después una vuelta por el Miradorio, como hacía muchas veces. Desde el Miradorio había columbrado el palo del balandro con su grimpolón azul, y las pícaras tentaciones habían hecho lo demás.

— De manera, Leto, — dijo en conclusión y deteniéndose para decirlo, — que ese paseo va á ser de contrabando, porque papá no sabe nada de él. Téngalo usted muy en cuenta y dígame qué tiempo se necesita para darle por la mar... porque ha de ser por la mar el paseo de hoy, ó no me embarco.

— Pues por la mar será si usted quiere, — respondió Leto, hechizado ante el aire resuelto de la animosa sevillana, — y podemos estar de vuelta antes del mediodía.

— Corriente, — repuso Nieves después de meditar unos instantes, con el entrecejo fruncido. — Y dígame usted ahora, en conciencia de buen amigo y hombre honrado: ¿hago yo bien ó mal en estas cosas?

— ¿En qué cosas? — la preguntó Leto algo sorprendido.

— En venirme sola á correr aventuras de esta especie... Es pregunta que me he hecho á mí misma muchas veces, y una no más á papá.

— Y ¿qué le ha respondido á usted su papá? — volvió á preguntarla Leto, entrando en más hondas aprensiones.

— Ya ha visto usted cuantos paseos he

dado sin él en el balandro, con muchísimo gusto suyo... Algo le inquietan los peligros del barco, por su poco juicio; pero como yo no los temo, y usted es buen piloto, con tal de que yo me divierta... En lo demás, él es de opinión de que no se viene aquí á guardar etiquetas, ni á hacerse esclavo de miramientos vanos.

— Muy bien pensado.

— Eso creo yo también; pero ¿y ciertas gentes? ¿pensarán lo mismo?

— ¿Se fía usted de mí, Nieves?

— Como de mi padre: se lo juro á usted.

— Pues entonces ¿qué le importa á usted el juicio de esas ciertas gentes? Haga usted su gusto, y ríase de ellas.

— ¿Lo cree usted, Leto?

— De todo corazón.

— Pues no se hable más de esto... Y dígame usted: ¿está el día á propósito para salir á la mar?

— ¿Lo intentaría yo si no lo estuviera, Nieves? Y dígame usted á mí: ¿no se incomodará don Alejandro conmigo cuando sepa que sin su permiso he consentido en hacer eso que tan poco le gusta á él?

— No, señor, con tal de que estemos de vuelta antes de que él pueda alarmarse con mi tardanza.

— Eso corre de mi cuenta; son las nueve menos cuarto... á poco más de las once puede usted estar en Peleches... porque no hemos de llegar á la Isla de Cuba... digo, cuento con que no se le antojará á usted.

— ¡Me hace gracia la ocurrencia!... ¿Y si se me antojara, Leto?

— ¡Si se le antojara á usted?... También eso me hace gracia á mí. Pues tenga usted la bondad de que no se le antoje, por de pronto... ¿Se cansa usted con el paso que llevamos?

— ¡Bah!

— Es que no hay tiempo que perder si hemos de salir con la vaciante y antes de que salte la brisa. Por eso me he permitido...

— ¿Quiere usted que corra más todavía?

— No hay necesidad: ya estamos á dos pasos del muelle.

— ¿Quién es ese tipejo que se pasea en él?

— Un tal Maravillas: algunas veces anda por aquí, para que crean las gentes que

estudia en el gran libro de la Naturaleza: es filósofo y ateo.

— ¡Jesús!

— Sí, señora: un chico atroz. Ahora le trae al retortero la idea de publicar un periódico, y no acaba de publicarle.

— ¡Con qué sonrisilla nos mira!...

— De puro ateo y compasivo que es: sólo que el mejor día le va á borrar alguno la sonrisilla esa de un bofetón... digo, me parece á mí... ¡Ajá!... ya estamos... Hoy no basta la mano, porque son muchos los escalones descubiertos y están algo resbaladizos: tenga usted la bondad de tomar mi brazo... ¡Atraca bien, Cornias, y ten firme!... Poco á poco, Nieves... Déjeme usted pasar primero al balandro... Déme usted su mano ahora... Muy bien... Ya estás botando, Cornias; y en el aire... ¡Listo el foque para hacer cabeza!... Pase usted á su sitio de costumbre, Nieves, que es el más seguro... Eso es... Avante vamos... ¡Listo el aparejo!

Se izó todo el trapo en un momento; y con el terralillo que aun duraba, aunque en la agonía, y la vaciante, comenzó el *Flash*

á navegar hacia fuera. Como el impulso del aire era tan leve y el agua no oponía resistencia, la quilla se deslizaba sin el cortejo de espumas y rumores que Nieves echaba muy en falta.

— Ya vendrá á su tiempo, y en abundancia, — la dijo Leto; — porque el día está que ni de encargo para esas cosas... si usted no se arrepiente.

— ¿Me cree usted capaz de arrepentirme — le preguntó ella mirándole fijamente y con expresión de asombro — después de desearlo tanto?

— Como nunca se ha visto usted en ello... — replicó Leto, pesaroso de haber apuntado la sospecha.

— Aquí no; pero ya le he dicho á usted que en otras partes, sí; y aunque ésta fuera la primera vez, ¿tan poca confianza tiene usted en la fuerza de mis resoluciones?

— En cuanto dependan de la voluntad de usted, no, — dijo Leto; — pero como en cosas de la mar hasta los más avezados á ella no cortan siempre por donde señalan...

— Pues luego va á verse, señor marino, si hay aquí ó no hay valor para cortar por

donde se ha señalado. Mientras tanto, le prohibo á usted aventurar juicios sobre ese particular.

Leto casi se ruborizó por falta de una sutileza galante con que responder á la reprimenda sabrosísima de Nieves.

— ¡Qué bonito acopio ha hecho usted hoy! — la dijo por que no se acabara la conversación, y aludiendo á la media guirnalda de hierbas y flores que llevaba Nieves sobre el pecho.

— ¿Usted ha visto — respondió ella bajando la cabecita para mirarlas y acariciándolas al mismo tiempo con la mano — qué helechos más primorosos? De tres clases, y á cual más fina... Pues ¿y estos penachitos de farolillos carmesí?... ¿Cómo me dijo usted el otro día que se llamaban?

— Brezos.

— Es verdad, brezos: ¡qué preciosos! Pues ¿y estas otras florecitas azules que estaban á su lado? ¡Cosa más fina y delicada!... Vea usted qué bien componen con todo ello estas margaritas silvestres tan blancas, con el centro dorado... ¡Qué primor de campiña!